



El día... transcurre en los años 30 y puede verse como el choque entre un marxismo dogmático y la vida cotidiana; entre la gente sencilla de cualquier ciudad de América Latina y un marxismo convertido en código estéril, excusa para esconder la renuncia a la vida, pero incapaz de conquistar los corazones de gente pequeño burguesa, sí, pero que es y se sabe explotada y, en todo caso, entiende el mensaje marxista así transmitido de dos maneras que se entremezclan contradictoriamente: como lección aprendida de papometa y/o como el gran momento de la liberación, pacientemente esperado, en que el jefe-burgués las pague todas juntas, en que el edificio de correos, por ejemplo, donde consume sus días una de las protagonistas, se derrumbe ladrillo por ladrillo. El marxismo como el día de la bomba, ubicado en un mítico 1947. Y, por otro lado, el primer y más grande mito surgido en América Latina en la era de los medios masivos: Carlos Gardel, que por azar del destino llega una tarde, poco antes de su muerte, a la casa caraqueña de los Ancizar. Es el mito que se hace carne precisamente el día en que después de 10 años de casto noviazgo, Pío Miranda, intelectual militante de la III Internacional, ha decidido llevarse de la casa a la adoctrinada y virginal María Luisa Ancizar.

Frente al mito viviente y cotidiano, rayano en la alienación y la huachafaría pero sin caer en ellas por profundamente humano y popular, el dogma que no ha podido convertirse en mito, el mito defectuosamente trasplantado, estalla como una burbuja. Pío Medina abandona su propósito de irse con María Luisa y en un monólogo amargo, reniega de toda la hojarasca verbal revolucionaria que hasta ese momento le había servido para sobrevivir y darle sentido a una vida en el fondo tramposa.

Para algunos, el derrumbe del personaje les parece una falla de la obra. Pero no podía ser de otra manera. Ese marxismo no era capaz de resistir la confrontación con la vida. Sólo le quedaba terminar, como la historia ha comprobado, en el burocratismo, el delirio senderista o la "quiebra", especie de apostasía de una iglesia estrictamente ritualizada y estéril. Los diez años de casto noviazgo, condenados por una frase terrible de la hermana mayor: "ese hombre es incapaz de una machura en territorio nacional" (quizá en territorio nacional), son metáfora exacta y epitafio para una ideología que ha sido incapaz de fecundar América Latina, donde ninguna revolución ha triunfado guiada por los principios que sistematizara en su día la III Internacional.

Quizá si hubiera nacido algunas décadas más tarde, Pío Miranda hubiera podido reconciliarse más fácilmente con la vida y seguir luchando por el socialismo desde una perspecti-

¿MARXISMO LENINISMO? ¡MARXISMO NACIONAL!

Carlos Iván Degregori

... Si es que existe tal cosa, que para muchos resulta tan utópica como el unicornio y tan inviable como una biología peruana o una ciencia química nacional. Quizá la definición alternativa más precisa sea *marxismo revolucionario* pero no es mi intención enzarzarme en una disputa teórica sino comentar dos obras teatrales que han sugerido el título del presente artículo: *El día que me quieras*, que presenta el grupo "Ensayo", y *Los músicos ambulantes*, último montaje de "Yuyashkani".

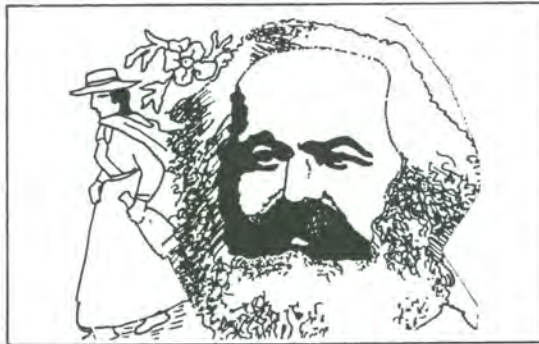
va más fructífera. Eso es lo que viene logrando, embrionaria y jubilosamente "Yuyashkani". En *Los músicos ambulantes*, los protagonistas mayoritariamente femeninos son capaces de "una machura en territorio nacional", logran por fin el abrazo amoroso y fecundo con esta tierra nuestra, con su historia y con todas las sangres que la habitan.

Ya en "Alparayku", su anterior montaje, se notaba ese avance, pero por tratarse de un tema estrictamente campesino, no resultaba tan paradigmático como esta adaptación de "Los músicos de Bremen". Los animales del clásico cuento son aquí migrantes que llegan de la costa, sierra y selva a la Lima de 1983. Cada uno con su música (etnicidad) ignorada y/o despreciada por el resto, acaban pelándose y así divididos padecen en la ciudad hasta que son capaces de reunirse. Confrontados con la gran ciudad y sus poderosos, han aprendido a reconocerse, a apreciar cada uno el arte de los otros y han encontrado un cierto terreno común en el gusto por el ritmo *chicha*. Una obra esperanzadora, que demuestra una muy aguda comprensión de la pluralidad cultural del campo popular y la necesaria "unidad de lo diverso".

Y así el arte se ha adelantado en parte a la política y a las ciencias sociales. Quizá por eso este artículo, que debería ser político, casi acaba por convertirse en crónica teatral. Pero todavía queda espacio para derivar de aquí algunas reflexiones.

"SOMOS HOMBRES DE TRANSICION"

Hace un par de semanas, en esta misma página, Alberto Flores Galindo exigía una reflexión que se proyecte más allá de la coyuntura y los pleitos electorales. Para algunos, la catastrófica situación del país exige, por el contrario, concentrarse en las tareas inmediatas y dejar para después polémicas que podrían amenazar la unidad de la izquierda: *primun vivere, deinde philosophari*. Por el contrario, estamos tan en el fondo y el desaliento es tan grande y generalizado que, sin descuidar



los programas de emergencia y las soluciones coyunturales, es necesario repensar radicalmente nuestro proyecto socialista, re-diseñar nuestra utopía como única manera de dar precisamente sentido a la lucha cotidiana, que de otra forma se torna rutinaria.

Sin pretender echarle la culpa únicamente a los "factores externos" es indudable que la crisis de la izquierda en el Perú es parte de la crisis de las fuerzas socialistas a nivel mundial. Vivimos un período de transición, de crisis, agotamiento y cierre de un ciclo, sin que se perfilen todavía nitidamente las características generales del nuevo. Prestándonos términos de la arqueología: hemos sido hasta hace poco epigonales de la III Internacional hoy vivimos un período intermedio y el nuevo horizonte apenas comienza a delinearse.

La crisis general del movimiento comunista en todas sus vertientes nos ha calado hasta los huesos. En nuestro caso, ha sido el movimiento popular más poderoso en medio siglo, el que en los últimos años de la década pasada se encargó de demostrar que el rey ortodoxo estaba desnudo. Esto ha permitido que la crisis no se quede en un mero cuestionamiento o en el desencanto intelectual de algunos, sino que remezca a vastos contingentes de izquierda. De esta forma, por su carácter de masas, se abre la posibilidad (no la certeza) de que la crisis pueda resultar en última instancia fecunda.

UN NUEVO HORIZONTE

Hace ya un tiempo, Santiago Pedraglio se refería en *El Diario* a este mismo fenómeno y lo definía como un proceso de reacomodo de fuerzas en el movimiento socialista internacional. Según él, tres corrientes se esbozaban como puntales de dicho reacomodo: los movimientos de liberación nacional y los socialismos tercermundistas no alineados; el movimiento de los trabajadores en los países del socialismo real; el movimiento del proletariado (más preciso es hablar de amplias capas democráticas) en los países capitalistas avanzados. Añadía, sin embargo, que ello no significaba el fin del ciclo marxista-leninista. Coincidentemente con su diagnóstico, tendría que convencernos Pedraglio como si los tres pilares del nuevo avance socialista no se definen marxista-leninistas e incluso rechazan el marxismo-leninismo, él los sigue considerando parte de dicho ciclo. ¿Es que son todos una especie de marxistas-leninistas inconscientes?

SOCIALISMO Y DEMOCRACIA

Pero lo que más importa es avanzar algunas ideas sobre qué hacer aquí y ahora en este período de transición.

Como ya han señalado varios autores, los dos problemas centrales son el encuentro entre socialismo y nación y entre socialismo y democracia. De lo pri-

mero, hay cada día mayor conciencia y Yuyashkani nos puede decir más que varios artículos de reflexión teórica. El segundo es un problema sumamente espinoso. Como país del Tercer Mundo, Bairo nos pronostica un futuro indefectiblemente autoritario; también Macera. Indudablemente, basta mirar la historia y la estructura actual del país para constatar que existen bases para el autoritarismo, incluso el más enfrenado como revela el fenómeno senderista.

El encuentro entre socialismo y democracia transita pues en el Perú un estrecho desfiladero, sobre todo, tal como han señalado Iguñiz o Caravedo, por ser un país que tiene necesidad objetiva de centralización, debido a la complejidad geográfica y la desigual distribución de recursos.

Pero existen tres vertientes de las cuales podemos extraer antídotos contra el autoritarismo y el burocratismo: la tradición socialista de democracia directa, desde la comuna de París hasta los Soviets y Asambleas Populares; la democracia representativa, en aquello que tiene de conquista de la humanidad; los elementos democráticos que surgen de nuestra propia tradición, tanto de las comunidades campesinas como del movimiento popular, especialmente en los últimos años.

Haciendo un listado sumamente incompleto, podemos señalar algunos elementos a tener en cuenta. La legalidad socialista se debe plasmar en una Constitución que refleje nitidamente la hegemonía del trabajo sobre el capital. Pero esto no implica definir a nivel constitucional un partido guía, rector, etc. En otras palabras, se trata de la separación entre partido y Estado. El (los), partidos (s) revolucionario (s) deben ganarse día a día la hegemonía, la adhesión mayoritaria de los trabajadores. La experiencia histórica nos enseña que cuando esto se eleva a "principio" la vida política se congela y se llega a la abulia, la despolitización, la gerontocracia y el verticalismo.

Se deduce entonces la necesidad de un pluralismo partidario. En un contexto de profundos cambios y movilización, será la sociedad la que declare obsoletos a unos u otros partidos. El sufragio universal, coexistiendo con múltiples formas de democracia directa, expresará la nueva sociedad de productores que madura recogiendo las formas democráticas que surgen de nuestra tradición las cuales, hay que reconocerlo, son las menos estudiadas. La no-reelección a los principales cargos del Estado, la abolición de la censura para las manifestaciones artísticas y culturales y el respeto pleno al pluralismo cultural y étnico, reflejarían una sociedad dinámica, fecunda, revolucionaria y democrática. ¿Utopía? Posiblemente, pero de eso se trata.